

*La Historiografía de Hoy.
A Propósito de las IV Jornadas
de Historia de Chile*

Rolando Mellafe

Apenas terminadas las IV Jornadas de Historia de Chile, pienso que es el momento preciso para reflexionar sobre la Historia en la actualidad, y también sobre la responsabilidad y la posición de los historiadores nacionales respecto de esta ciencia. No es un sentimiento de alarma o de preocupación el que me lleva a este tipo de consideraciones; todo lo contrario. Si observamos el programa de dichas Jornadas, notaremos que, en efecto, se han podido organizar siete sesiones dedicadas a distintas especialidades: Historia de las Relaciones Internacionales, Historia Económica, Historia Agraria, Historia Urbana, Etnohistoria, Historia Social y Demográfica, Historia de las Ideas y de las Mentalidades. Algunas de ellas, incluso, divididas en subespecialidades, que suelen ser bien distintas. Podríamos decir, en general, que las tendencias más importantes de la Historia en el presente estuvieron representadas en estas Jornadas.

Hace unos veinte años ni siquiera existían algunas de estas corrientes de la Historia, que ahora son especialidades con objetivos y métodos diferentes. La Historiografía nacional se movía entre límites mucho más estrechos: Historia Política, de las Ideas Políticas, Historia Cultural, con énfasis en las artes, y comenzaban, recién, la Historia Social y la Historia Económica. Cabe preguntarse qué pasó con la Historia como ciencia, por una parte, con la Historiografía nacional, por otra, que permitió en este breve lapso una multiplicación tan importante de las posibilidades de interpretación del pasado.

Recordamos haber escuchado por primera vez aquello de que la Historia es la madre de las ciencias, de labios de nuestro antiguo profesor de Historia Universal, don Juan Gómez Millas. Después lo he leído en diversos tonos y modos, pasando por Burckhardt, que dice: "La Historia es la maestra de la vida". Para estos antiguos estudiosos sin la Historia no existiría casi nada, y hay en sus escritos detalles más o menos minuciosos de cómo desde la Filosofía hasta la Economía, otras disciplinas se fueron desprendiendo de esta generosa madre ciencia. De lo que estos viejos

maestros no alcanzaron a percatarse es que la conexión Historia-Ciencia no es un remoto cordón umbilical, sino un desarrollo que hasta la fecha se establece a través de mutuas y constantes relaciones. Por tal motivo, en esos listados de ciencias hijas de la Historia no aparecen algunas como la Psicología y la Psiquiatría, o las ciencias exactas y naturales, que ciertamente no son hijas de la Historia, pero deben ser parientes muy próximas, ya que se alimentan mutuamente y se prestan conocimientos y métodos.

En cuanto a la relación de la Psicología y Psiquiatría con la Historia, diríamos que su dependencia está profusamente documentada por los psiquiatras más respetables y también los más discutidos. Nos referimos a las frecuentes alusiones de Sigmund Freud al problema, en sus OBRAS COMPLETAS, o la magnífica obra *THE ORIGINS AND HISTORY OF CONSCIOUSNESS*, de Erich Neumann. Más aún, en el *Prólogo* de uno de los más importantes libros de C.G. Jung, *TRANSFORMACIONES Y SÍMBOLOS DE LA LIBIDO*, escrito en 1911, se lee textualmente: "Hasta ahora el investigador psicológico ha enderezado principalmente su interés al análisis de los problemas de psicología individual. Pero, dada la situación actual, me parece que acabará presentándose la exigencia, más o menos indeclinable, de que amplíe el análisis de los problemas del individuo englobando el material histórico, tal como lo intentó ya Freud en su estudio sobre Leonardo da Vinci. En efecto, del mismo modo como los conocimientos psicológicos pueden estimular la comprensión de las estructuras históricas, los materiales históricos pueden, a su vez, arrojar nueva luz sobre las cuestiones de psicología individual. Estas reflexiones y otras análogas me decidieron a dedicar mayor atención a lo histórico, con la esperanza de que de tal manera podría realizar nuevos descubrimientos en punto a los fundamentos de la psicología".

Pero sucede que lo que hacen los psicólogos, los filósofos, los economistas, nosotros no lo consideramos propiamente Historia. Son ellos, en verdad, los que nos mencionan, los que usan esta palabra un poco mágica que es Historia. Diríamos que la Historia se hace indispensable a pesar de los historiadores. Esto nos lleva a recordar una consideración que parece básica y que desde muy antiguo se han planteado filósofos e historiadores. ¿Es la Historia sólo una ciencia o también una actitud, una condición de la existencia del hombre? La respuesta es evidentemente que sí, pero con algunas explicaciones adicionales. Creemos que el desarrollo de la cultura científica y humanista, que es muy reciente comparada con la antigüedad de la existencia del hombre sobre la tierra, no es confundible con el desenvolvimiento de la ciencia sometida a la temporalidad. De un lado, tenemos la madurez de la conciencia, que tiene una parte histórica, y del otro, el perfeccionamiento de la Historia como ciencia. La primera cuestión se refiere a la esencia del hombre como ser pensante, cavilante, realizante; la segunda, es una disposición gnoseológica, simple-

mente el aparecimiento y perfeccionamiento de la Historia como ciencia. Quizás, ojalá así sea, en algún punto del tiempo futuro se encuentren estas dos expresiones de la Historia; eso sería el encuentro de la trayectoria temporal del hombre con su propia existencia.

Como lo planteado me parece de vital importancia, volveré sobre la materia con un ligero cambio de perspectiva. El hombre no solamente indaga históricamente su pasado, la sociedad, la cultura en que está viviendo, sino, además, es intrínseca y básicamente histórico y es por ello que ve y comprende todo históricamente. Estoy sugiriendo que hay dos Historias, creo que hay muchas más, pero no quiero complicar más el asunto. Una que trae cualquier ser al nacer y que existe sin que éste deba ser historiador, y otra, que es una elaboración especial del espíritu abstraído y que ahora llamamos ciencia histórica. Esto último es una cuestión cognoscitiva y sintética; lo otro, el devenir como parte componente de la conciencia, tiene su expresión primera en la ubicación del hombre en el tiempo y en el espacio. Pero un tiempo y un espacio que no es necesariamente el que está viviendo el hombre en un momento determinado de su existencia, sino también el tiempo y el espacio que vivió todo representante del género humano desde los más recónditos albores de su existencia.

La Historia como parte de la conciencia nos explica muchas cosas, aunque todavía estamos aprendiendo a explorarla. Nos explica, por ejemplo, por qué no hay ningún pueblo sin historia. Hace años, en Macchu Picchu, encontré a unos kilómetros de allí, a un grupo de antropólogos que hacía trabajos de campo en una comunidad aborígen del Valle del río Mantaro. En el decenio del 60 muchos valles andinos sufrieron la invasión de ingenieros, agrónomos, arqueólogos, lingüistas y sociólogos. Los ingenieros habían llegado primero, ya que se estudiaba la construcción de una planta eléctrica en ese río, la que efectivamente hoy día funciona. Los ingenieros transformaron bastante las costumbres de la comunidad: molestaron a las jóvenes, introdujeron costumbres y usos exóticos, etc. Luego llegaron los antropólogos, que inquirían sobre todo, hacían preguntas impertinentes, a veces íntimas. Los indígenas estaban desesperados y a todos llamaban por igual ingenieros. De modo que cuando un hijo pequeño, por regalón y porfiado, molestaba a su madre, ésta lo regañaba diciéndole: "no seas ingeniero".

Uno de estos *ingenieros* antropólogos, entre las preguntas que hizo al cacique un día, dijo: ¿Cuál es la historia de esta comunidad? El cacique pensó y descubrió asustado que no la sabía. Convocó en la noche a los indios más viejos y les preguntó lo mismo, pero nadie sabía cómo se había fundado el pueblo, cuál había sido el nombre del primer cacique, hasta dónde llegaban sus tierras. Descubrieron, con horror, que no tenían historia. Sin embargo, un indio viejo, campesino, analfabeto, dijo: "Yo

sé todo eso, yo conozco nuestro pasado y mañana lo voy a contar en la plaza". El *ingeniero-antropólogo* sabía que aquella comunidad apenas tenía unos cien años, que se había formado por traslado de familias desde distintos y lejanos puntos del territorio, de modo que, a diferencia de muchas de las del Perú, no guardaba papeles de la época del virrey Francisco de Toledo. Así, el anuncio del indio viejo produjo una verdadera expectación entre los *ingenieros*. Al otro día se grabó la historia narrada por el anciano, medio en quechua medio en español. Yo escuché aquella grabación y saqué algunos apuntes de ella. El indio contó una historia totalmente mítica, pero alternada con el apareamiento de un rey y un presidente, un gamonal y un cura. En el resto no difería mucho de los relatos recogidos por los cronistas vernáculos, como Garcilaso o Sarmiento de Gamboa. Comenzaba en la noche eterna, el diluvio, el apareamiento del sol y la luna, la entrega simbólica de plantas y animales, etc. Aquel anciano analfabeto salvó el honor de la comunidad, dándole una ubicación en el tiempo y en el espacio, sabiendo hacerlo todo por el comportamiento y condición de su propio ego.

Actualmente, las ciencias exactas y de la naturaleza hablan continuamente de Historia. Cada vez que lo oigo —y ha sido muchas veces en los últimos años— recuerdo la anécdota del indio viejo. Mi problema en estos casos es el siguiente: cuando estos científicos hablan de lo histórico que tiene la fenomenología que están estudiando, ¿lo hacen dominando todo ello desde su componente histórico de la siquis o lo hacen porque la Historia como ciencia les comunicó algunos elementos básicos de su contenido? Hay, por supuesto, otras alternativas, la más obvia es que toda ciencia es, de algún modo, histórica.

Hace pocos meses escuché a un famoso geólogo hablar largamente, en una reunión científica, sobre la historia de la tierra: ruptura de masas ígneas, solidificación de gases, enfriamientos, choques de fuerzas tangenciales, etc.; para él todo esto era perfectamente histórico. Al final le dije que para los historiadores era muy difícil entender como Historia cualquier proceso en que no interviniera el hombre. Allá ustedes —me contestó—, nosotros necesitamos tiempos más largos, así como ustedes hablan de Historia antes de Cristo y después de Cristo, nosotros hablamos de Historia antes del hombre y después del hombre.

En otra reunión interdisciplinaria, un paleo-botánico disertó sobre el poblamiento vegetal del continente, las distintas fases de la cubierta vegetal. Hablaba de las cuñas de avance, las migraciones y las luchas, supervivencias y aniquilamientos de las plantas. Yo pronto comencé a soñar, recordando las largas conversaciones sostenidas en Berkeley, California, con mi antiguo amigo y maestro Carl Sauer. Cuando me narraba los procesos de migraciones vegetales, la retirada y los avances; la estrategia de los bosques y la guerra que tenían contra ellos los hombres. Recordé tam-

bién a Claudio Gay, cuando, a propósito de los bosques del sur de Chile, describe cómo éstos avanzan, en bloques compactos, en forma parecida a las centurias romanas, controlando los vientos y los rayos solares, agresivamente, de modo que arbustos y hierbas huyen o perecen. Y cómo todo ello era observado y entendido por los araucanos, a través de una atadura telúrica. Cuando mi colega terminó, me acerqué a él y le agradecí la charla, agregando que me había hecho soñar en un capítulo de la Historia, aún por escribirse y que podía denominar algo así como *Las guerras de los vegetales y los hombres*. Agregué que para la Historia contemporánea esto sería Eco-Historia. El respondió: “No, esto se llama Historia Biótica”.

Podríamos narrar varias anécdotas parecidas, con astrónomos y físicos, todas con igual final. Sólo mencionaremos, de paso, el apasionante libro del Premio Nobel de Física Stever Weinberg, *LOS TRES PRIMEROS MINUTOS DEL UNIVERSO*, donde la teoría física se utiliza para reconstruir la historia inicial del universo. Tenemos la sensación de que la Historia está siendo invadida por investigadores de otras ciencias, que no necesariamente saben algo de Historia y que incluso vienen premunidos de interrogantes que tampoco son históricas. El asunto nos halaga, pero queda la pregunta: ¿Por qué se está produciendo esta especie de metanoia científica, que revierte todo en la Historia? ¿Es este fenómeno efecto de la ciencia histórica o de la aptitud histórica de la siquis?

Parece verdad que las ciencias exactas están siendo cada vez menos exactas y que aquellas que comenzaron siendo llamadas del espíritu, entre ellas principalmente la Historia, están apareciendo cada vez más exactas. Hay un punto en la evolución del pensamiento científico en que se sobrepasó la etapa de la clasificación, comprobación y reproducción del fenómeno, acumulación empírica, interpretación, uso, manejo y aprovechamiento de los efectos del fenómeno. Etapa que termina en forma problemática, con la expectación producida por las teorías relativistas, el descubrimiento de los cuasares, de los vacíos cósmicos, etc. En ese o en este momento —ya que es bastante actual— se volvió a la búsqueda del sentido global, sintético, que todo ello tiene con el hombre y con su existencia misma. Estos científicos, en forma parecida a la de los sociólogos, politicólogos, economistas, cada vez que ocurre un cataclismo en su campo: crisis culturales, políticas, económicas, etc., no se preguntan a sí mismos cuál fue el problema, sino vuelven la cara al historiador para preguntar: ¿Qué pasó? Y es verdad que la Historia tiene elementos y principios que, por decirlo así, explican y expresan todo. Por ello es también que la metódica, la forma de síntesis, el dominio del tiempo, hace que lo que no es exactamente ciencia histórica, al fin de cuentas resulte también histórico.

Ilustramos lo dicho con un pensamiento de Plotino que, sin ser modificado, fue puesto en versos por Goethe. Dice así:

Si nuestro ojo no fuese solar
jamás podría divisar el sol:
si no tuviéramos algo de la virtud divina
no nos entusiasmaría la idea de Dios.

No sé si estaría de acuerdo con Michel Foucault, quien, siguiendo sus ideas de *LAS PALABRAS Y LAS COSAS*, al oír este verso diría que es un hermoso ejemplo de pensamiento antiguo en la categoría que él denomina *convenientia*. Nosotros lo definiríamos simplemente como un *principio sintético de identidad*, agregando que es uno de los mecanismos más antiguos del pensamiento histórico.

Respecto de las relaciones la de Historia como ciencia y las ciencias sociales, la cuestión no es tampoco muy simple. Como es sabido, la Historia como ciencia es bastante joven: no pudo haber Historia científica hasta aclarar la noción de tiempo, hasta que éste no se objetivizó, transformándose en una metrología objetiva. Tampoco pudo existir hasta que lo social y lo económico no sufrieron un proceso parecido. Todo ello comenzó en el siglo XVIII y se está perfeccionando hasta hoy. Ocurrió, al mismo tiempo, que las ciencias sociales empezaron a formarse como tales; muchas veces la evolución es tan cercana, como ocurre entre Historia y Etnología o entre Historia y Economía, que se podría decir que se deben una a la otra. A lo largo del último siglo, especialmente de los pasados treinta años, la Historia se ha enriquecido enormemente con este parentesco con las otras ciencias. La Historia ha aportado datos, experiencia y su vieja sabiduría, y ha recibido y adaptado conocimientos, técnicas y métodos de las otras ciencias. El intercambio ha sido con alguna ventaja para la Historia, ya que, por una tendencia más universal respecto del conocimiento, no ha adoptado una singular técnica o método, sino que virtualmente todos los empleados por las otras ciencias. Para hacer ello ha tenido, naturalmente, que desdoblarse en distintas especialidades. Por eso es que en las Jornadas a que aludimos, encontramos cuestiones diferentes, Historia Económica, Historia Social, Historia Demográfica, etc.

El manejo de un espectro tan amplio de métodos científicos le da a la Historia en nuestros días una capacidad de comprensión e interpretación que, en muchas instancias, parece mágica. Los historiadores podemos sacar de la manga o del sombrero, soluciones, explicaciones y visiones que antes eran impensadas. Podemos, por ejemplo, comenzar por descifrar viejos y polvorientos libros de una olvidada parroquia de provincia, decir a continuación a qué edad se casaba la gente de esa época, cuál era su fecundidad, cómo vivían, qué aspiraciones y temores tenían, para pasar luego a describir sus creencias, sus problemas y tensiones psicológicas, etc.; aclarando, de paso, cuestiones cruciales para entender los procesos mentales y la estructura de población de hoy. Iguales o más

espectaculares conclusiones podemos sacar si en lugar de la fecundidad estudiamos la muerte, por ejemplo.

Pero lo más importante es que podemos poner todo lo anterior en categorías universales, ya que, usando los mismos métodos y símbolos, nos es dado comparar lo que, en igual época, sucedía, digamos, en La Ligua, México, Filipinas y Francia, y sacar una conclusión general. De este modo, parece que la Historia ha encontrado parámetros de unidad, de uniformidad, de síntesis, que anulan los inconvenientes que podrían derivar de una excesiva especialización interna.

Recuerdo, al respecto, algunos temores y sobresaltos que expresa Jacob Burckhardt en la INTRODUCCIÓN de sus REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL. Al comenzar a leerla uno tiene la impresión de que Burckhardt pelea con alguien, y no hay que leer mucho más para darse cuenta de que la lucha es con Hegel. Comienza definiendo la Historia como la ciencia de la coordinación, y la Filosofía —yo no estaría de acuerdo— como la ciencia de la subordinación. Luego dice que la Filosofía siempre ha marchado a la zaga de la Historia y en diferentes párrafos describe, insinúa, aquella especie de *perplejidad* —esa es la palabra exacta— que sienten los filósofos cuando caminan por el bosque de la Historia. Hay allí batallas decisivas, genios que aportan y otros que destruyen, pueblos que aparecen y mueren, hay mucho más, y no pueden los filósofos, porque el bosque es muy espeso y extenso, comprenderlo todo en o con un solo sistema. Aunque el libro de Burckhardt apareció en 1905, reúne conferencias dictadas por él entre 1865 y 1885, y pensamos que, en realidad, la Historiografía de esa época tuvo que producir aquella perplejidad a los filósofos. No tenía la Historia de esos años los parámetros metodológicos y sintéticos que ahora acostumbra. De lo que no estoy seguro es si esta Historia de hoy, construida con la ayuda de modelos matemáticos, de análisis químicos de suelos, de acumulación de valores en tiempos de larga duración, con exploraciones al inconsciente individual y colectivo, sumado todo ello al acervo tradicional; digo, no sé si producirá en los filósofos de hoy un tipo de perplejidad distinta a la del siglo pasado.

ABSTRACT

Professor Mellafe shows some of the clear advances in Chilean historiography, as a result of the strengthening of some specialties such as Social and Economic History, which has taken place within the last years. On the other hand, he takes note of the relations between History and Philosophy, Psychology, Psychiatry, Anthropology and even exact sciences. He mentions the capacity of understanding achieved by History thanks to its growing use of scientific methods leading to universal categories allowing a comparison of man's experiences during the same period in different parts of the world.

BIBLIOGRAFÍA

- BURCKHARDT, Jacob, Reflexiones sobre la Historia Universal. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
- FREUD, Sigmund, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- NEUMANN, Erich, The Origins and History of Consciousness. Harper Torchbooks, New York, 1962.
- JUNG, C. G., Transformaciones y Símbolos de la Libido. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1953.
- WEINBERG, Stever, Los Tres Primeros Minutos del Universo. Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- FOUCAULT, Michel, Las Palabras y las Cosas. Siglo XXI, México, 1978.